

Ana Guerra de Jesús

Una Flor Salvadoreña de Altísima Contemplación y Elevada Santidad Aban- donada Bajo los Escom- bros de la Antigua Guat.

JUAN GARCIA ARTOLA, C. M.

La vida de Ana Guerra de Jesús es asombrosa. Lo heroico de sus virtudes puede espantar a los mismos héroes. Filmaron sus ojos escenas de un mundo desconocido y por la filial obediencia con que se sometía a sus directores, los nuestros pueden contemplarlas también en la pantalla de sus escritos. Visiones dantescas y visiones de gloria. Noche oscura del espíritu y preludios del cielo. Satanás empeñado en hacerla temblar de miedo ante su odio implacable a toda imagen de Dios, y Cristo repitiéndole los versos del Cantar de los cantares.

Su cuerpo crucificado como el de Cristo es atormentado con dolores y enfermedades tan sobrenaturales, que

no alcanzan a acortarle su prolongada muerte de 75 años. Dotada del don de profecía, obliga a los que la habían mirado como una mujercita piadosa digna de lástima, a buscarla y tratarla como una vidente escogida por Dios para grandes cosas.

Maestra extraordinaria de las vías interiores, no hallamos otra que como ella nos revele todos los recovecos de la noche oscura del alma, y nos detalle con sorprendentes pormenores todos los sufrimientos purgativos con que Dios purifica a las almas para elevarlas a una altísima contemplación.

Esposa sufrida y abnegada, logra con su inagotable paciencia la conversión de su marido que termina por

profesar como lego en la Orden de Santo Domingo.

Madre heroica de siete hijos, los entrega a Dios para la vida o para la muerte, y el cielo le deja uno a cada lado, como un par de cirios que alumbrén su santidad: Catarina, terciaria dominica, que muere en olor de santi-

§§

Floreció en Lima un rosal. Era tan suave la fragancia de sus rosas, tan bellos los matices de sus corolas, que llegaron los ángeles, robaron para el cielo el rosal, y a los reclamos de la tierra, lo restituyeron colocándolo en los altares.

Surgió entre las altísimas cumbres de la cordillera, la blanquísima Azucena de Quito. San Ignacio de Loyola, buen jardinero, la quiso para sus jardines, y en ellos cubrióronla de perlas el riego de abundantes surtidores.

Hizo Dios el milagro de que Santa Rosa de Lima y la Beata María Ana de Jesús fueran profetisas de su propia tierra.

Nadie es profeta en su tierra, decía Nuestro Señor a sus paisanos de Nazaret que quisieron apedrearle. Triste es para la nación salvadoreña, que Ana Guerra de Jesús haya tenido que emigrar, para encontrar amparo a su pobreza, abrigo contra la maledicencia, guía para las extrañas peregrinaciones de su alma, y aprecio y admiración a su heroicas virtudes.

¡Qué buena protectora tienen en el cielo tantos salvadoreños que emigran...! Los de Panamá, los Costa Norte, los de California, los de todas partes.....!

dad, y el R. P. Vicente Guerra, distinguido sacerdote de la orden de predicadores.

Doña Ana Guerra de Jesús fué agregada a la Compañía de Jesús, donde por designios de Dios recibió su alma, caritativa acogida, luminosos guías, y amplia senda para llegar a la santidad.

Esta no fué una rosa ni una azucena. Fué en tierras salvadoreñas una violeta que besa los pies de los que pasan dejándose a veces pisotear. Fué en la Antigua Guatemala una pasionaria escondida entre las parras que se agarraban a los muros del Colegio de la Compañía de Jesús. Fué por algún tiempo la orquídea de las selvas agarrada a los añosos robles, donde no suben las serpientes, ni alcanza el fango ni las levanta el huracán.

Es necesario que todos los que amamos a nuestra patria nos unamos para reparar la ingratitud con que los salvadoreños hemos despreciado este don altísimo del cielo. Ana Guerra de Jesús es la glorificación de la mujer salvadoreña, la más bella corona de nuestras madres, y la más preciada flor de nuestra patria.

Es apremiante que se inicie un movimiento en favor de la repatriación de los restos de esta santa, para que venga a florecer con una vida póstuma llena de prodigios aquí donde en su vida mortal encontró eriales sin riego. Tenemos que abrir una amplia vía al paso triunfal de sus milagros.

Nació Ana Guerra de Jesús en la Villa de San Vicente de Austria, el sábado 13 de diciembre de 1639, hija le-

gítima de Juan Guerra Jovel, natural de Canarias, y de Beatriz López de Pineda, originaria de la ciudad de Gracias en Honduras. Los años revelaron en ella un exterior suave, obediente, agraciado; femenina envoltura de un corazón valiente y de un carácter varonil.

Corrieron sus primeros años como el riachuelo que baja de la montaña, en una hacienda que su padre poseía a dos leguas de San Miguel. Ocho tenía, cuando oyó resonar en su estancia el cántico celestial que invita a las nupcias del Cordero, y como su madre estaba vigilando y tenía encendida la lámpara, fué admitida a las bodas.

Las almas santas no mueren como los que no tienen fe. Los que cierran sus ojos no se lamentan como los que viven sin esperanza. Pero a la muerte de una madre el amor filial y el amor maternal salen del misterio como la flor brota de su verde capullo en primavera.

Donde quiera que los leños se cruzaban Ana veía el símbolo de su destino y valientemente se adelantaba a abrazar la cruz. «No quiero que llores y te lamente como mujer. Has de ser fuerte y valiente como un hombre». Le ha dicho el huésped interior, y ella obedece.

En 1649 un prolongado diluvio deja anegados los campos y arruinadas las cosechas. El hambre llega a ser tan espantoso que las gentes sacan de la tierra las raíces para devorarlas. El padre de Anita, muere en esta calamidad. Queda ella en gran desamparo, recogida de criada en una hacienda vecina, hasta que nueve meses después, su hermana casada que vive en San Miguel se la lleva a su casa.

Por la puerta entra Anita a casa de su hermana y por la ventana entra el demonio al alma de su cuñado, que de tal manera se siente atormentado con imaginaciones contra su esposa y contra Anita que resuelve llevársela a una finca muy lejos de San Miguel y en lugar muy apartado para allí darles muerte.

Anita comprende entonces que Dios la cuida como la pupila de sus ojos y la lleva como el águila levanta sus polluelos a las cumbres. Un joven gallardo aparece de repente y la hace subir a un hermoso corcel. Una voz interior le dice que no tema, que es el ángel de la guarda y ella se deja conducir hasta las orillas del caudaloso Lempa, donde unas mujeres están para pasar en una canoa. El joven se las recomienda y da vuelta.....

Las mujeres reconocen a la niña y buscan en Lorenzana a sus parientes para entregarla. Los que la recogen la ocupan como una esclava en un continuo trabajar sin descanso y en un exigir sin recompensa. A los diez y seis años de edad la casan con Diego Hernández Vicente, dueño de una pequeña estancia de vacas a donde se trasladó Ana desde entonces. Pobrezas, privaciones, malos tratos y enfermedades son su dote de casada.

Solía pasarse desvelada las noches enteras por no tener tiempo entre día para remendar la ropa de su marido. Y él, apenas se descuidaba, rompía con las tijeras todas las piezas, y despegando los remiendos se los arrojaba a la cara, sirviéndole esto de gran confusión y vergüenza, por creer que estaba la culpa de su parte en no acertar a servirle con los esmeros de su obligación.

Envidiaron los ángeles a su primer hijo y lo trasladaron a los brazos de la Reina del cielo donde Ana lo contempló balanceado como lo hacía la Virgen con el Niño Jesús. Después que murió el primero le habló Dios interiormente y le enseñó a ofrecérselos antes de que nacieran, para darles él la vida o la muerte.

Y porque lo olvidó cuando le nació otro hijo varón, lo contempló en una visión colgado de una horca. Y pidiéndole a Dios la muerte antes que el pecado, oyó el Señor sus ruegos y el niño murió. Tuvo después una niña muy agraciada, que ella hubiera querido conservar para su consuelo. Pero una noche oyó en el patio un gran concierto y distinguió entre aquella música el salmo de los niños. «Alabad, niños, al Señor.....» *Laudate pueri Dominum...* y comprendió que los ángeles venían por su hijita.

Así fueron muriendo uno tras otro los cinco primeros hijos, y sólo le quedaron dos. Vicente que llegó a ser un prestigiado sacerdote de la Orden de Predicadores, y Catarina que murió en olor de santidad en un convento de terciarias dominicas de la Antigua.

Atribulado su espíritu con sombrías penas, mira una noche un cielo

diáfano, y en medio de aquel limpio firmamento el monograma de Cristo, como lo usa de emblema la Compañía de Jesús. Y Dios le reveló que trasladándose a la Antigua Guatemala, encontraría en los hijos de San Ignacio, el consuelo y la ayuda que necesitaba su alma.

De repente se operó en su marido una milagrosa mudanza. Oía antes todos los chismes de las malas vecinas y los creía, convirtiéndolos en palos, furrores e infernales rabias de que era víctima Doña Ana.

Ahora oye Diego las más espantosas calumnias y no las cree. Se ha apoderado de su alma una gran veneración por su esposa, pues ha visto algo de los resplandores del ángel que defiende sus virtudes.

Trasladados a Guatemala, buscan arrimo en casa de su hermana casada, que antes vivía en S. Miguel y allí sirve de criada. A los ocho meses desaparece su marido y no se le vuelve a ver, hasta que años después regresa para suplicar a Ana que le ayude a entrar en el Convento de Santo Domingo, donde llega a profesar como hermano lego.

HORTUS CONCLUSUS

Huerto cerrado era en aquella época la ciudad de Santiago de los Caballeros de Guatemala. Dios había escogido ese lugar para prodigar a los hombres gracias extraordinarias, y había como un contagio de santidad. Acababa de extinguirse la voz de la campanita del Hermano Pedro. Vivía el Venerable Fray Rodrigo de la Cruz. Tenía fama de santidad el extático Padre Bernardino de Ovando que fué

director del Hermano Pedro y lo asistió en su muerte y la ciudad toda respiraba devoción. A cada cuadra se tropezaba con un convento y en cada uno de ellos no faltaba un alma de elevada santidad que ardía como cirio perenne ante el altar haciéndole competencia la lamparita del sagrario.

Don Bernardino de Ovando fué el primero en conocer los designios de Dios sobre el alma hermosa de Ana

Guerra, sus heroicas virtudes y su altísima contemplación. Por consejo de él fué Ana a buscar Padre espiritual entre los sacerdotes de la Compañía de Jesús, y de ellos no se apartó ni después de su muerte, pues quedó enterrada, en la bóveda principal de su iglesia, bajo el altar mayor al lado de la epístola donde se enterraba a los sacerdotes de la Compañía.

La vida de Ana era fuente de vida para muchas almas muertas. Cristo le había rogado que aceptara el padecer por la conversión de los pecadores, y ella no rehusaba ningún tormento. Las almas del purgatorio venían también a pedirle les diera parte de sus sufrimientos para lograr alivio en sus penas.

Le enseñó Nuestro Señor cuánto bien se hacía a los pecadores llegando a su presencia para disculparlos y cómo él aceptaba con agrado esas disculpas, como la que presentaba desde la cruz a su Padre diciendo: Perdónalos, que no saben lo que hacen... En otra visión le dijo Jesús N. S. que nunca debería desesperar de la salvación de un alma.

Pocas fueron las horas de consuelo celestial comparadas con las citas que el amigo invisible le daba bajo el árbol de la cruz, pero las gracias de alegría interior le daban suficiente ánimo para sobrellevar muchos calvarios.

Llegó a contemplar con luz interior la presencia de la Santísima Trinidad en su alma. Un día que se veía atribulada, en gran desamparo, oyó que el Padre Celestial le decía con voz interior: *«Ya tienes grangeada mi voluntad. Yo te ganaré la de mi Hijo»*, e inmediatamente tuvo visión de la sagrada humanidad de Cristo.

En una Fiesta de Santo Tomás de Aquino, encomendóse a la protección de este santo Doctor, lo vió llegar triunfalmente y decirle: «Vengo a esperar una especial visita del Espíritu Santo, que descenderá sobre tu alma... Y vió después en su alma siete antorchas de resplandeciente luz, color de oro, que eran los siete dones del Espíritu Santo.

Un día de la circuncisión vió dentro de su alma, al divino Niño recostado que le decía: He venido a sellarte con mi nombre. Desde entonces quiso llamarse Ana de Jesús.

En una fiesta de la ascensión vió a las doce del día a Nuestro Redentor listo a subir triunfante a la gloria e invitándola a que colocara en sus llagas adorables como en otros asientos de pasajeros al cielo, a las almas que quisiera ella salvar..... y fue instalando tantas en cada llaga que Nuestro Señor en vez de cansarse le recordaba algunos olvidos.

Muchas veces y de admirables modos le hizo sensible Nuestro Señor su presencia en el Santísimo Sacramento y fue notable la visión que tuvo en el templo de San Francisco donde asistiendo a misa vió que del altar corría una fuente milagrosa que se regaba por toda la iglesia y bañaba de luz y de gracia a todos los que asistían a misa. Cuando acompañaba a Su Divina Majestad en los viáticos veía la multitud de ángeles que le hacían cortejo provistos de bellísimas antorchas.

Era niña cuando oyó la voz del maestro invisible que la instruía diciéndole: La Virgen y Madre de Dios es la Puerta del Cielo y todos los tesoros del Señor es Ella quien los distribuye. Y luego de oída la voz con-

templó a la Santísima Virgen y que de ella corría hacia la tierra un río de gracia y de luz.

Agonizando una vez en su larga noche oscura del espíritu que duró diez y seis años y viéndose en completo desamparo, se puso Doña Ana a rogar por los méritos de la Inmaculada Virgen María. E iba enumerando cada uno de sus privilegios, y pedía por sus pies santísimos que aplastaron la serpiente, por sus manos celestiales, por su boca bendita, hasta llegar a suplicar instantemente por sus ojos de paloma divina con que contemplaron al Verbo hecho carne en la cueva de Belén, y siguieron llenos de inefable dulzura todos los pasos de la adorable humanidad de Cristo... Al llegar aquí Nuestro Señor se le aparece y le dice: *«Me has vencido... Nada puede pedirse-me por los ojos santísimos de mi Madre que yo fenga valor de negarla»*.

En las fiestas de la Inmaculada Concepción se dejó ver de ella la Santísima Virgen en la misma forma en que fué representada en las apariciones del Tepeyac.

En otra ocasión se le apareció la Virgen vestida toda ella de rosas y le dió a entender cuánto la honraba y cuánto le agradaba la devoción del san-

tísimo rosario, y le prometió que concedería muchísimos favores a los que rezando las tres coronas cada día ofreciera la primera para celebrar su coronación como hija predilecta del Padre, dotada de todo poder. La segunda para celebrar su coronación como madre Unica del Verbo y sede de la sabiduría. Y la tercera corona para celebrar su coronación como Esposa del Espíritu Santo, y Madre del amor hermoso.

En sus últimos años se suceden las visitas celestiales. San Ignacio de Loyola le habla de sus hijos y hace que los contemple en largas filas unidos en mismo espíritu. San Francisco Javier llega a alentarla para que persevere firme en su voluntad de aceptar de parte de Dios toda clase de trabajos y sufrimientos. Santo Domingo de Guzmán viene a pedirle que se constituya intercesora de su orden y alcance con sus sufrimientos gracias especiales para sus hijos.

La muerte de Doña Ana Guerra de Jesús acaeció el miércoles 17 de mayo de 1713. Había cumplido 74 años de edad. Su entierro fué una apoteosis. Llevada en hombros por sacerdotes de la Compañía de Jesús, la ciudad entera asistió a sus funerales y fué sepultada en la iglesia de la Compañía en donde reposan sus restos.

ANA GUERRA DE JESUS

puede llegar a los altares si la piedad salvadoreña lanza hacia ella una corriente de admiración, confianza y devoción.

Para esto el primer paso ha de ser que vengan sus restos a San Salvador y sean guardados en la Catedral Me-

tropolitana o en algún templo designado por la Autoridad Eclesiástica, donde permanezcan al alcance de la veneración de los fieles.

La repatriación de sus restos sólo puede resultar eficaz en la medida en que el Supremo Gobierno de El Salva-

dor se interese por esta causa nacional y lo tome a su cargo. Todo lo que hasta ahora se ha hecho ha sido dar a una escuela el título de ANA GUERRA. Somos verdaderamente muy miserables.

Al traer los restos de ANA GUERRA DE JESUS habría que aprovechar un solo trabajo y gestionar para traer el cuerpo de su hija no menos santa que la madre, sepultado en el convento de Santo Domingo de la Antigua Guatemala. La vida de Catarina de Jesús es extraordinaria y maravillosa. Murió también con fama de santidad.

La memoria de Ana Guerra estuvo a punto de perecer al agotarse por completo la edición que de su vida maravillosa hizo el R. P. Antonio Siria S. J. valiéndose de los escritos que ella

consignó por obedecer a sus directores. El Sr. J. T. Medina, poseedor de un ejemplar que había conseguido en Lima, escribió al Dr. Quiñónez Molina, entonces presidente de la república, haciéndole ver la pérdida que amenazaba a los intereses salvadoreños. Y el Dr. Quiñónez encargó al Sr. Medina que ordenara una reimpresión en Chile, por cuenta del Gobierno de El Salvador. Gracias a esta diligencia hemos llegado a conocer esta vida extraordinaria.

Que la vidente salvadoreña alcance desde el cielo una senda de luz y un camino de gloria en nuestra patria, para su vida maravillosa y ejemplar, pues ahora más que nunca necesita El Salvador que un santo pase por estas tierras sembrando paz y bien.

San Salvador, Mayo 8 de 1949.

